

sentimientos particulares á los soldados y oficiales de los regimientos, no reinaban, como hemos dicho ya, en las planas mayores. Los emisarios llegados de París se habían deslizado entre esta última clase, y habían tratado de infundir á todos que, estando Napoleón legalmente destituido, los que continuaban sirviéndole servían á un rebelde y se convertirían en rebeldes también; que ya era tiempo de abandonar á un hombre que había perdido la Francia y les perdía á ellos, si no se separaban de él, y que debían unirse al gobierno paternal de los Borbones que estaba dispuesto á abrirles los brazos; que únicamente con este gobierno tendrían la paz, pues la Europa estaba resuelta á concluir con Napoleón y los suyos; que el ejército, al abandonar un campo que ya no era más que el de la rebelión, conservaría sus grados, pensiones y dignidades, y conservaría en fin, á la sombra de un trono tutelar, la gloria que había adquirido y que no le disputaban; pero que en otro caso iba á ser envuelto por cuatrocientos mil enemigos, y destruido hasta el último hombre. Este lenguaje había penetrado fácilmente en el alma cansada y recelosa de los jefes principales, provocando en ellos un desencañamiento singular, no sólo contra las faltas políticas de Napoleón, faltas muy verdaderas y desastrosas, sino contra sus supuestas faltas militares. Según ellos, no era más que un aventurero, que había encontrado una hermosa vena, de la que había abusado hasta agotarla. En 1813 no había cometido más que torpezas; en 1814 lo mismo, y recientemente también se había equivocado yendo á buscar á Saint-Dizier un enemigo que habría debido ir á esperar en París. En la actualidad, que la desgracia le hacía más extravagante que nunca, quería dar una última batalla, para acabar con los desgraciados restos de su ejército. La batalla está bien, decían, si fuera para levantar el honor de las armas, y sobre todo para salvar á la Francia. Pero en su ira contra los parisienses, Napoleón había resuelto darla en el seno de París, sin duda para matar tantos parisienses como austriacos, prusianos y rusos! Esto de la batalla en París era lo que con más perfidia propagaban para hacer más odiosa aún la suprema tentativa que se preparaba; y admitiendo que no podían negarse á este postrer esfuerzo, si en él había probabilidades de utilidad para la Francia, se preguntaban con un terror fingido á veces, y otras sincero, si no era preciso estar loco ó ser bárbaro para querer convertir á París en un campo de batalla, y proporcionar así á los soberanos el pretexto legítimo de hacer de la capital de la Francia un nuevo Moscou.

Estas palabras habían introducido una agitación suma en los cuadros del estado mayor, y en tanto que un verdadero furor patriótico animaba á la guardia y de la guardia pasaba á las clases inferiores del ejército, un sentimiento totalmente opuesto animaba á los estados mayores y á los jefes. El día 3 de abril no hizo más que aumentar esta doble corriente de ideas, encerradas bajo la influencia de las comunicaciones procedentes ya de París ó ya de las avanzadas.

En fin, el día 4 por la mañana, Napoleón pareció estar decidido á obrar, y se explicó terminantemente con Mr. de Caulaincourt. Los cuerpos de Macdonald, Oudinot y Gerard estaban próximos á llegar; dejándoles descansar ese día, contaba poderlos poner en línea el 5

ó el 6 cuando más tarde y atacar al enemigo con setenta mil combatientes. El triunfo no le parecía dudoso. Muy de mañana dió las órdenes para que la guardia se moviera en masa y fuera á colocarse detrás de Marmont y Mortier en el Essonne, á fin de apoyar el movimiento y para dejar sitio á las tropas que llegarían sucesivamente. Después de haber pasado revista á los cuerpos que iban á partir, hizo formar en círculo en su alrededor á los oficiales y suboficiales, y con voz vibrante les dirigió estas enérgicas palabras:

«Soldados: el enemigo, ganándonos tres marchas, se ha hecho dueño de París, y es preciso arrojarle de la capital. Franceses indignos, que hemos tenido en otro tiempo la debilidad de perdonar, han hecho causa común con el extranjero y han sacado la escarapela blanca. ¡Cobardes! Ya recibirán el premio de este nuevo atentado... Juremos vencer ó morir, y vengar el ultraje hecho á nuestra patria y á nuestras armas.» «¡Lo juramos!», respondieron con ardor aquellos viejos oficiales, apasionados por su bandera, y se fueron á transmitir el ardor que les animaba á sus soldados. Las tropas desfilaron prorrumpiendo en fanáticas aclamaciones.

Terminada esta escena, Napoleón se volvió al palacio, seguido de una multitud de oficiales, unos inflamados con el entusiasmo que acababa de estallar y otros dominados por sentimientos bien opuestos. Inmediatamente se formaron en grupo en torno de los mariscales, y todos á una voz dijeron que evidentemente estaba tomada la resolución de jugar su existencia y la de la Francia en una última locura, y que había llegado el caso de impedirle pronunciándose contra semejante acto de demencia. Todos convinieron en esto, pero el caso era saber quién diría las primeras palabras. Los ayudantes rodearon á los generales, los generales á los mariscales, y excitándose los unos á los otros pidieron muy luego que los jefes se negaran á obedecer. El mariscal Macdonald apenas acababa de llegar, pues no se había separado de su cuerpo, y se apeaba del caballo cubierto con el fango de las carreteras, cuando le entregaron una carta de Beurnonville, con este sobre equivocado: *Al mariscal Macdonald, duque de Ragusa*. Marmont, que había recibido esta carta por el título de duque de Ragusa que llevaba en el sobre la había leído, y habiendo visto que estaba destinada al general Macdonald se había apresurado á remitírsela. En la carta se suplicaba á Macdonald en nombre de la amistad, en nombre de su familia, á quien él amaba entrañablemente, y que estaba expuesta á perecer en medio de las llamas de la capital, que se separara del tirano, que ya no era más que un rebelde, para adherirse al gobierno legítimo de los Borbones, que iban á entrar en Francia con la paz en una mano y la libertad en la otra. Macdonald había conservado en su corazón los sentimientos del ejército del Rhin; estaba irritado con lo que había visto y sufrido en las dos últimas campañas, y además idolatraba á sus hijos, que según las noticias que acababan de darle, estaban en París; esto le traspasó el alma. Le rodearon, le dijeron que debía unirse á los mariscales, sus colegas, y contribuir á poner fin á un reinado odioso é insensato. Macdonald lo prometió y pidió solamente que le dieran tiempo para mudarse de ropa. De este modo habían llegado hasta la puerta del gabinete de Napoleón, y se habían ani-

mado hasta el punto de no querer marcharse de la antecámara, con la intención de vigilar sobre los mariscales y de defenderlos en el caso en que después de la escena que se preparaba el emperador quisiera ponerles presos. Hasta hubo en aquella especie de motín algunos oficiales bastante extraviados para exclamar que quizá sería preciso desembarazarse de la persona de Napoleón (1).

En una palabra, era el espectáculo de una de esas sublevaciones de la soldadesca de que se vieron tantos y tan odiosos ejemplos en el imperio romano, y preciso es reconocer que una sedición militar era un digno fin de aquel reinado tan deplorablemente guerrero.

Los mariscales entraron: eran éstos Lefebvre, Oudinot y Ney; Macdonald debía llegar más tarde. Con Napoleón encontraron al mayor-general Berthier, á los duques de Basano y de Vicence, y á otros personajes eminentes. Napoleón acababa de quitarse su sombrero y su espada, y andaba y hablaba en su gabinete con una vehemencia extraordinaria. Los mariscales estaban tristes, confusos, y no se atrevían á decir una palabra. Adivinando lo que ocultaba su silencio y queriéndoles obligar á que rompieran, Napoleón les preguntó si tenían noticias de París, á lo que respondieron que las tenían y muy malas. Después les preguntó lo que pensaban. «Todo lo que sucede, dijeron, es muy doloroso, muy deplorable, y lo peor es que no se ve el fin de tan cruel situación.—El fin, respondió Napoleón, depende de nosotros. Mirad esos valerosos soldados que no tienen grados, ni pensiones que salvar, y por consiguiente no piensan más que en marchar y en morir para arrancar á la Francia de manos del extranjero. Es preciso seguirles. Los aliados están divididos entre las dos orillas del Sena, cuyos principales puentes poseemos, y dispersados en una ciudad vastísima. Atacados vigorosamente en esa posición están perdidos. El pueblo de París está encolerizado; no los dejará partir sin perseguirles, y los aldeanos acabarán con ellos. Sin duda alguna, pueden volver: pero entonces Eugenio habrá regresado de Italia con treinta y seis mil hombres; Augereau tiene treinta mil, Suchet veinte mil, y Soult cuarenta mil. Voy á reunir bajo mi mando á la mayor parte de estas tropas, tengo aquí setenta mil hombres, y con esa masa arrojaré al Rhin á cuantos hayan salido de París y quieran volver á entrar en él. Salvaremos á la Francia, vengaremos nuestro honor, y entonces aceptaré una paz moderada. ¿Qué hace falta para eso? Un postrer esfuerzo, que os permitirá después gozar descansadamente de veinte años de trabajos.»

Aunque evidentes, estas razones no parecieron ser del gusto de la asamblea; los mariscales observaron á Napoleón que, si era legítimo querer dar una última batalla, en el caso en que pudiera ser útil y no fuera ocasión de una irremediable catástrofe, era espantoso darla en París y hacer de nuestra capital un Moscou. A esta objeción Napoleón respondió que le calumniaban cuando suponían que quería vengarse de los parisienses; que no trataba de hacer de París un campo de batalla, pero que quería acometer al enemigo en donde la Providencia se lo entregaba, y que en la posición en que estaban

(1) Debo este deplorable detalle á testigos oculares, hombres respetables á quienes no puedo nombrar, y que merecen figurar entre las personas más honradas de su tiempo. (N. del A.)

los aliados, necesariamente serían destruidos. Dirigiéndose entonces á Lefebvre, Oudinot y Ney, les preguntó si querían vivir con los Borbones. Esta pregunta les hizo prorrumpir en las exclamaciones más animadas. Lefebvre, con la violencia de un antiguo jacobino, afirmó que no, y hablaba con sinceridad. Ney se expresó con una increíble vehemencia, y manifestó que nunca sus hijos podrían encontrar con los Borbones ni ventura ni seguridad, y que el único soberano que ellos deseaban era el rey de Roma. «Pues bien, dijo Napoleón, ¿creéis que abdicando os aseguraría á vos y vuestra familia la ventaja de vivir bajo el dominio de mi hijo? ¿No veis cuánta astucia y mentira oculta esa idea de regencia en provecho del rey de Roma, imaginada para separaros de mí, y para perdersos dividiéndonos? Mi mujer y mi hijo no se sostendrían ni una hora; tendríais una anarquía que al cabo de un par de semanas concluiría por entronizar á los Borbones... Por otra parte, añadió, hay secretos de familia que no puedo divulgar... El gobierno de mi mujer es imposible...» Napoleón aludía aquí á los motivos que le habían inducido á ordenar que su mujer saliera de París, y el principal de estos motivos era la debilidad de María Luisa que él conocía muy bien. Pero en tanto que los mariscales estallaron en denegaciones violentas cuando Napoleón les había hablado de vivir con los Borbones, se habían callado cuando les habló de su abdicación y de las consecuencias que ésta podría tener, no atreviéndose á decir, pero dejándolo adivinar, que la abdicación era verdaderamente lo que ellos deseaban. Napoleón lo comprendió, sin aparentar que lo comprendía. En aquel momento entró Macdonald, conmovido, turbado por lo que había sabido, y mostrando en la mano la carta de Beurnonville. «¿Qué noticias me traéis?, le preguntó Napoleón.—Muy malas, respondió el mariscal. Se asegura que hay en París doscientos mil enemigos y que nosotros vamos á atacarlos. Esta idea es espantosa... ¿No es tiempo de concluir ya?... No se trata, replicó Napoleón, de dar una batalla en París, se trata de aprovechar las faltas del enemigo.» Discutieron sobre esto, y preguntando Napoleón qué carta era aquella que tenía en la mano, Macdonald le dijo: «Señor, con vos no tengo secretos, leedla.—Ni yo los tengo con vosotros, contestó Napoleón; que la lean en alta voz.» Mr. de Basano tomó la carta y la leyó muy confuso, con el dolor de un súbdito que seguía respetuoso y fiel hacia su soberano. Napoleón escuchó esta lectura con una calma desdeñosa, y después, sin quejarse de la franqueza del mariscal Macdonald, repitió que Beurnonville y sus iguales eran unos intrigantes, que de acuerdo con el extranjero trataban de operar una contrarrevolución; que dejarían á la Francia arruinada y destruida para siempre; que los Borbones, lejos de pacificar á la Francia, la pondrían muy luego en la mayor confusión, en tanto que con un poco de perseverancia sería fácil cambiar en dos horas esta situación. «Sí, repuso Macdonald, siempre asustado con la idea de una batalla en París, quizá se lograría, pero batiéndonos en nuestra capital, reducida á cenizas, y probablemente sobre los cadáveres de nuestros hijos.» Después, sin atreverse á decir que desobedecería, el mariscal declaró que no se podía estar seguro de la obediencia de los soldados. Ney pareció confirmar esta declaración. Llegados así al límite que separa el respeto de la sedición, los

mariscales cargaban á los soldados con una negativa de obediencia de que sólo ellos eran culpables. Napoleón lo comprendió, y les dijo con firmeza: «Si los soldados no os obedecen á vos, me obedecerán á mí; con una palabra que les diga, me seguirán adonde yo quiera...» Y después, con un tono de autoridad que no admitía réplica, añadió: «Retiraos, señores; voy á reflexionar y os daré á conocer mis resoluciones.»

Los mariscales salieron, muy sorprendidos de haberse mostrado tan osados, aunque lo estuvieron muy poco, y tan maravillados de su valor, que se vanagloriaron cerca de sus ayudantes de haber desgarrado todos los velos, haciéndose así mucho más culpables de lo que realmente habían sido (1).

Se retiraron esperando el resultado de esta escena extraordinaria, pues nunca se habían atrevido á dirigir á Napoleón una observación cuando estaba en la fuerza de su poderío y cuando quizá habría bastado una sola palabra para detenerle en la pendiente que conducía á los abismos.

Napoleón aquel día no habría tenido más que dar un paso fuera de su gabinete para apelar contra los mariscales á los coroneles y á los soldados, y hubiese encontrado servidores entusiastas, prontos á seguirle por todas partes, y aun á vengarle de aquellos servidores hastiados é ingratos. Pero querer que en aquel momento despidiera de su palacio á todo un estado mayor, formado de generales y de mariscales que le habían prodigado su sangre durante veinte años, y compusiera otro con coroneles y comandantes de batallón, para marchar así á una operación formidable, es pedir demasiado aun al carácter más enérgico y resuelto.

Solo con Berthier, con Mr. de Caulaincourt y Mr. de Basano, Napoleón dió rienda suelta á la irritación que hasta entonces había contenido. «¿Los habéis visto, les dijo, ardientes cuando se trataba de no vivir con los Borbones, y silenciosos cuando les hablaba de mi abdicación? En efecto, mi abdicación es lo que ellos desean, pues les han asegurado que alejándome á mí podrán disfrutar bajo el reinado de mi hijo de las riquezas que les he prodigado. ¡Pobres cabezas que no ven que entre los Borbones y yo no hay nada; que mi mujer y mi hijo no son más que una sombra, destinada á desvanecerse en algunos días ó en algunos meses!» Napoleón se quejó en seguida de que se hubiesen atrevido á

(1) Se ha dicho, se ha escrito y se ha repetido bajo mil formas, que la escena que el 4 de abril por la mañana había pasado en el gabinete del emperador había sido una escena de violencia, llevada hasta la amenaza, hasta el punto de arrancarle por fuerza su abdicación. Tengo á la vista las Memorias manuscritas de dos de los testigos más respetables de esta escena; he recogido los recuerdos de testigos oculares dignos de fe, y he adquirido la convicción de que los relatos que se han propagado sobre este asunto carecen enteramente de verdad. En el fondo la escena tuvo, en efecto, por objeto y por resultado arrancar á Napoleón su abdicación condicional; pero en cuanto á la forma, las cosas no salieron de los límites que he señalado yo en mi relación. Las versiones exageradas cuya exactitud niego, tuvieron por origen, origen muy triste en verdad, las jactancias de ciertos personajes militares, que, queriéndose realzar algunos días después, se presentaron como más culpables hacia Napoleón de lo que habían sido en realidad, cosa que les dió mucho que sentir un año después. Estas jactancias exageradas aun por los propagadores de las falsas noticias dieron lugar á las versiones inexactas, difundidas sobre este asunto, y estoy cierto de que la verdad se reduce á lo que acabo de exponer. (N. del A.)

leer en su presencia una carta tan inconveniente como la de Beurnonville, y se extendió sobre la debilidad é ingratitud de los hombres. Mr. de Caulaincourt trató de calmarle, diciéndole que el mariscal Macdonald era un personaje del carácter más noble; que no había enseñado aquella carta sino porque Napoleón se lo había mandado; que aquella repugnancia á batirse en París, pretexto para algunos, era para otros un sentimiento formal y sincero, y añadió que la idea de su abdicación en favor de su hijo tenía muchos prosélitos, y que era la única base sobre la cual se podía negociar aún.

Napoleón, habiendo recobrado en breve esa indiferencia superior, á cuyo beneficio los grandes hombres se hacen superiores á los acontecimientos, confesó que su abdicación en favor del rey de Roma era la idea del momento, que era quizá una satisfacción que podía darse á las almas conturbadas, y declaró que estaba dispuesto á ello, para probarles la inutilidad de semejante combinación. «Consiento, dijo á Mr. de Caulaincourt, en que volváis á París para ofrecer negociar sobre esta base y en que os llevéis en vuestra compañía á los mariscales más prendados de ese proyecto; así me libertaréis de su presencia, lo que será una gran ventaja, pues tengo aquí con quién reemplazarlos, y mientras ocupéis á los aliados con esta nueva proposición, yo marcharé y lo terminaré todo con la espada en la mano. Pero es preciso que os apresuréis á partir, pues dentro de veinticuatro horas ya no podríais atravesar la línea de las avanzadas.»

Napoleón se adhirió, pues, con bastante prontitud á la proposición de abdicar en favor de su hijo, porque veía en esto un nuevo modo de ganar dos ó tres días, de distraer la vigilancia del enemigo, de satisfacer á los mariscales, y de librarse de dos ó tres de ellos que se habían hecho muy incómodos. Sin embargo, añadió que si acordaban la regencia de su mujer en favor de su hijo, bajo condiciones que fueran honrosas y seguras para el sostenimiento de ese nuevo orden de cosas, podría ser que él aceptara. A pesar de este lenguaje, había bien pocas probabilidades para que obtuviera buen éxito la negociación que se proponía interrumpir muy luego á cañonazos.

Después de haber dado tan de repente este nuevo aspecto á la situación, se trataba de elegir á los hombres que debían acompañar á Mr. de Caulaincourt á París. Mr. de Caulaincourt habría querido llevarse á Berthier, para hacer valer las consideraciones militares, y á Mr. de Basano, para apartarse lo menos posible del pensamiento de Napoleón. Pero Napoleón se negó rotundamente. Berthier le era necesario para transmitir sus órdenes al ejército, y Mr. de Basano, aunque estuviese, según él dijo, muy inocente de las últimas guerras, era el responsable de ellas á los ojos del público y de los soberanos. Bajo este concepto, sólo consintió en que marcharan con Mr. de Caulaincourt dos ó tres mariscales; y desde luego pensó en Ney. «Es el más valiente de los hombres, dijo Napoleón, pero en este momento tengo aquí quien se batirá tan bien como él, y me libertaréis de su presencia. Sin embargo, vigiladle porque es un niño. Si cae en manos de Talleyrand ó de Alejandro, está perdido, y ya no os servirá para nada. Llevaos á Marmont, que me es adicto, y que sostendrá bien los derechos del rey de Roma.» Después, pensando en lo que había di-

cho, Napoleón añadió: «No, no os llevéis á Marmont, es demasiado necesario en Essonne.» Entonces propusieron á Macdonald, que tendría más crédito que Marmont, porque jamás había pasado por complaciente, y que á mayor abundamiento era un hombre honrado y defendería los intereses que se le confiaran como los suyos propios. Napoleón aceptó estas proposiciones, redactó de su puño y letra el acta de su abdicación condicional, con el tacto y la elevación de lenguaje que se descubría en todos los documentos emanados de su pluma, y ordenó que se hiciera entrar á los mariscales.

«He reflexionado, les dijo, en nuestra situación, y en lo que ella os ha inspirado, y he resuelto poner á prueba la lealtad de los soberanos. Suponen éstos que yo soy el único obstáculo para la paz y la dicha del mundo; pues bien, estoy pronto á inmolarme para destruir esa prevención; estoy pronto á dejar el trono, mas con la condición de transmitirlo á mi hijo, que durante su minoría estará bajo la regencia de la emperatriz. ¿Os conviene esta proposición?» A estas palabras, los mariscales, que se veían libres de todo apuro con esta resolución, que por otra parte les convenía mucho, pues más querían vivir bajo el gobierno de un niño y una mujer que les pertenecían, que con los Borbones, que les eran absolutamente extraños, lanzaron gritos de reconocimiento y admiración, cogieron las manos de Napoleón y las estrecharon con la emoción más viva, exclamando que en ninguna época de su vida había sido más grande que entonces. Después de estos testimonios, que Napoleón no recibió con mucha satisfacción, sin dejar ver, sin embargo, lo que sentía, les dijo: «Pero ahora que acabo de ceder á vuestros deseos, me debéis la defensa de los derechos de mi hijo, que son los vuestros, y los defenderéis no sólo con vuestra espada, sino con vuestra autoridad moral.» En seguida les comunicó que había elegido á dos de ellos para que acompañaran al duque de Vicence á París y para ir á negociar la regencia de María Luisa. Designó á Ney y á Macdonald, contándoles cómo había pensado antes en Marmont y por qué había renunciado á éste. A Ney le lisonjeó en extremo esta elección; Macdonald se conmovió vivamente, pues no había sido jamás amigo personal del emperador. «Mariscal, le dijo Napoleón, durante largo tiempo he tenido prevenciones contra vos, pero ya sabéis que están destruidas. Conozco vuestra lealtad, y estoy seguro de que seréis el más firme defensor de los intereses de mi hijo.» Y profiriendo estas palabras, le alargó la mano, que Macdonald estrechó vivamente entre las suyas, prometiendo justificar la confianza que en esta ocasión le demostraba el emperador, promesa que muy luego debía sostener noblemente. Aunque Napoleón hubiese renunciado á mandar á Marmont con ellos, sin embargo, dejó en libertad á sus plenipotenciarios para llevarse al pasar por Essonne, si creían útil su presencia, reservándose en este caso reemplazarle en el puesto que ocupaba. Terminadas estas explicaciones, Napoleón leyó el acta siguiente, que acababa de redactar:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á su juramento, declara que está pronto á bajar del trono, á dejar la Francia, y aun la vida, por el bien de la patria, inseparable de los derechos de su hijo, de

los de la regencia de la emperatriz y de las leyes del imperio. — Dado en nuestro palacio de Fontainebleau el 4 de abril de 1814.»

Habiendo recibido este escrito una aprobación unánime, Napoleón tomó una pluma para estampar su firma. Pero antes de hacerlo, conociendo la gravedad de este paso á pesar de los secretos proyectos que alimentaba, hubo de experimentar un sentimiento doloroso, no por el trono, sino por las probabilidades á que quizá iba á renunciar; y pensando aún en la posición tan imprudente que habían tomado los aliados, exclamó. «Y sin embargo, ¡los batiríamos si quisiéramos! Después de esta exclamación, que hizo bajar la cabeza á los presentes, firmó el documento, lo entregó á Mr. de Caulaincourt y despidió á sus tres embajadores, siempre más inclinado á combatir que á negociar, y resuelto, si los medios que preparaba no se rompían en sus manos, á interrumpir á cañonazos la nueva negociación.

Los mariscales, acompañados de Mr. de Caulaincourt, salieron inmediatamente de Fontainebleau para dirigirse hacia los monarcas aliados. Pero antes debían ir á Essonne para conformarse con las intenciones de Napoleón, y para pedir desde allí al cuartel general del príncipe de Schwartzberg el permiso de atravesar las avanzadas. Llegados á Essonne á eso de las cinco de la tarde, encontraron al mariscal Marmont y le participaron la misión de que estaban encargados, y que él podía compartir con ellos; pero con gran sorpresa vieron que el mariscal se mostró frío, confuso y poco dispuesto á acompañarles. ¡El desgraciado había caído en todos los lazos que le armaban hacia cuatro días!

La víspera había recibido á su antiguo ayudante Mr. de Montessuy, que le habían despachado, y éste, después de haberle comunicado las cartas del gobierno provisional, había añadido sus propias exhortaciones. Muy fácil le era á este enviado hablar con fruto, pues estaba convencido y pensaba, como todo el alto comercio de París de que formaba parte, que ya era tiempo de separarse de un gobierno arbitrario y desastrosamente belicoso, y que había sumido á la Francia en un abismo de males del que no era capaz de sacarla. El agente del gobierno provisional había empleado muchas astucias para penetrar en un alma que conocía muy bien. Después de haber apelado al patriotismo de Marmont se había dirigido á su vanidad, á su ambición; le había dicho que en aquella campaña Marmont se había cubierto de gloria; que la Francia y la Europa tenían la vista fija en él; que sólo entre los mariscales tenía bastante inteligencia política para comprender lo que exigían las circunstancias; que éstas le ordenaban el separarse de Napoleón y rodear y fortificar al gobierno provisional encargado de concluir la paz, de llamar á los Borbones, y de imponerles al llamarlos una sabia Constitución; que, secundando el cumplimiento de esta excelente obra, él desempeñaría en el ejército el papel de Mr. de Talleyrand en la política, que con los Borbones podría elegir la posición que fuera de su agrado; que después del servicio que habría hecho todo le estaría permitido, y reuniría la doble ventaja de salvar á su país y de ser por él magníficamente recompensado.

Seguramente había mucha verdad en esto que se decía al infeliz Marmont, y por parte del que hablaba había también una entera sinceridad. Era muy cierto

que para simples ciudadanos exentos de todo compromiso personal, ignorantes de la situación militar, y que no supieran tampoco si había aún esperanza de batir á la coalición y de arrancar de sus manos á la Francia vencida, lo mejor era unirse á los Borbones, y procurar obtener con ellos una paz menos dura, y un gobierno menos despótico. Pero en estas consideraciones no podía entrar un oficial colmado de las bondades de Napoleón, sobre todo un soldado encargado de una consigna, la de guardar el Essonne con veinte mil hombres, consigna capital que interesaba no solamente á Napoleón, sino á la Francia, pues en tanto que quedara en cualquiera parte una fuerza imponente, no era sólo la suerte de Napoleón lo que se podía mejorar negociando, sino la de la Francia; en suma, consigna sagrada como la de todo soldado hasta tanto que le relevan ó le dan otra.

Sin duda alguna, un militar no cesa de ser ciudadano porque es soldado, y no porque vierte su sangre por la patria, pierde el derecho de interesarse en sus destinos. Por esto Marmont podía correr á Fontainebleau cerca de Napoleón, forzar la entrada de su palacio, después de ésta la de su corazón, hablarle en nombre de la Francia, suplicarle que no la destrozara más, que la cediera á los Borbones, más capaces que él de reconciliarla con la Europa y hacerla libre; podía decirle todas estas cosas, si era de aquellos que las creían verdaderas, y después, si no era escuchado, debía entregar su espada á Napoleón, con la espada el puesto que ocupaba, y marchar cerca del gobierno provisional para llevar á este gobierno, al adherirse públicamente á su causa, una cosa de mucho valor, una cosa de que Marmont podía disponer sin ingratitud y sin traición: ¡su ejemplo! La gratitud, en efecto, encadena el interés personal, pero no el deber. Sin este paso previo, entregar secretamente al enemigo la posición del Essonne era una verdadera traición.

Y sin embargo, Marmont no tenía seguramente un alma traidora. Pero era vano, ambicioso y débil, y desgraciadamente bastan estos defectos en circunstancias graves para concluir á veces en actos que la posteridad marca con el sello de la reprobación. Marmont había escuchado lo que le decían sobre sus talentos á la vez militares y políticos, sobre la importancia personal que podía adquirir, sobre los servicios que podía hacer, y cediendo al cebo engañoso de una posición inmensa en el Estado, igual quizá á la de Mr. de Talleyrand, había consentido en entrar en arreglos con el príncipe de Schwartzberg, que por este motivo se había trasladado á Petit-Bourg. Al cabo de muchas idas y venidas habían convenido secretamente en estas condiciones: Marmont debía marchar de Essonne con su ejército al día siguiente, ganar el camino de Normandía, donde se pondría á disposición del gobierno provisional, y como no se disimulaba las consecuencias de un acto semejante, pues no sólo quitaba á Napoleón cerca de una tercera parte de su ejército, sino la importantísima posición del Essonne, había estipulado que si, á causa de este acontecimiento, Napoleón caía en manos de los soberanos aliados, respetarían su vida, su libertad, su grandeza pasada, y le procurarían un retiro á la vez seguro y conveniente. Esta única precaución, dictada por un arrepentimiento honroso, condenaba el acto de Marmont, revelando toda la gravedad que él mismo le daba.

Consignadas estas condiciones por escrito, habían sido entregadas al príncipe de Schwartzberg. Pero no era todo haber sido seducido, sino que era preciso seducir á otros, era preciso ganar á los generales de división colocados bajo las órdenes del mariscal Marmont, pues sin su concurso era difícil hacer ejecutar á las tropas el movimiento convenido. Por lo demás, no era difícil arrastrarlos en aquella obra. Estos jefes no sabían nada ó casi nada de la situación general; no sabían si era posible ó no arrancar á la Francia de manos de los aliados por medio de una última batalla; lo único que se decían era lo que corría entonces en todas las bocas, á saber, que Napoleón, después de haber hecho matar á la mayor parte de ellos, estaba dispuesto á sacrificar á los que quedaban, por pura obstinación. Aprovechando su disposición de ánimo, Marmont les dijo que después de haber cometido falta sobre falta, después de haber dejado entrar á los aliados en París, Napoleón quería cometer la insigne locura de atacarlos dentro de París, con cincuenta mil hombres contra doscientos mil, exponiendo de este modo á los pocos soldados que aún tenía á quedar sepultados en las ruinas de París y de la Francia. Seguramente podían pintarse así las cosas, pues á la verdad por muchos lados tenían ese horrible aspecto; ahora bien, ¿qué respondieron á esto los generales á quienes Marmont se dirigía? Respondieron que no debía seguirse á Napoleón en esta última y extravagante aventura, y que era preciso poner un término á las desgracias de la Francia. Así, pues, prometieron seguir á Marmont á Versalles en cuanto él se lo ordenara. Consideraban que lo que de hecho se convirtió en una defección, no era más que una separación legítima y urgente con un insensato.

Estos eran los lazos en que los mariscales encontraron enredado á Marmont cuando llegaron al Essonne. Al pronto vaciló en explicarse, y sólo opuso vanos pretextos á las instancias que le hicieron para llevarle á París. Sin embargo, como su alma no estaba templada para la traición ni tampoco para sostener su peso, concluyó por confesarlo todo á Macdonald y á Caulaincourt, paliando su conducta lo mejor posible y motivándola en todas las razones que podía dar, y que ciertamente se parecían mucho á aquellas que habían arrastrado á los mariscales á exigir la abdicación de Napoleón. Macdonald, después de haber censurado vivamente el acto de Marmont, se esforzó en demostrarle que el mejor medio de reparar su falta era pedir su compromiso al príncipe de Schwartzberg, apoyándose en la abdicación condicional de Napoleón, sacrificio que les obligaba á todos á defender enérgicamente los derechos de su hijo, y después marchar á París para abogar cerca de los soberanos en favor de la causa del rey de Roma. Marmont, sin presentar ninguna objeción á estos raciocinios, no se mostró dispuesto, sin embargo, á caer en semejante contradicción consigo mismo, y se quedó sumamente perplejo. Hubo un instante en que quiso ir á Fontainebleau, para solicitar allí la indulgencia de Napoleón, confesándole sus faltas; pero el temor ó la confusión le impidieron persistir en esa buena idea y prefirió el consejo de Macdonald, que era pedir su compromiso al príncipe de Schwartzberg, y en seguida ir á París á sostener con ellos la causa del rey de Roma, teniendo cuidado de suspender hasta su vuelta todo movimiento de su cuerpo de ejército.

Efectivamente, llamó á su lado á los generales, les habló del nuevo estado de cosas, les anunció la abdicación condicional de Napoleón y la negociación que iba á entablarse sobre esta base, y convino con ellos en abstenerse de todo movimiento hasta nueva orden por su parte. En seguida se reunió con Mr. de Caulaincourt y los mariscales, y habiendo llegado la orden de atravesar las avanzadas, Marmont los siguió á Petit-Bourg. No obstante, se negó á entrar al mismo tiempo que ellos, bajo el pretexto de que tenía que explicarse particularmente con el príncipe de Schwartzberg, antes de tomar parte en las conferencias comunes. Mr. de Caulaincourt y los mariscales, introducidos en el castillo, tuvieron vivos altercados, primero con el príncipe de Schwartzberg, que sostenía imperturbablemente la fría política del gabinete de Viena, y después con el príncipe real de Wurtemberg, que hablaba de Napoleón y de la Francia en términos muy amargos.

El mariscal Ney, que en otro tiempo había tenido bajo sus órdenes á este príncipe y no le había tratado con muchos miramientos, le respondió con altanería que si había una casa en Europa que hubiese perdido el derecho de hablar contra la ambición de la Francia, era seguramente la de Wurtemberg. Hallábanse en estas tristes disputas cuando recibieron el permiso de entrar en París, solicitados por los representantes de Napoleón. Se pusieron, pues, en camino y al salir encontraron al mariscal Marmont, que los esperaba después de haber obtenido, según les declaró, de la lealtad del príncipe de Schwartzberg, la restitución de su compromiso. A pesar de esta aserción, todo inclinaba á creer que el príncipe sólo le había devuelto su palabra temporalmente, es decir, mientras durara una negociación cuyo buen éxito era á sus ojos imposible, y con la condición de exigir la ejecución del compromiso si esta negociación se rompía. Una prueba de esto es la publicidad que los aliados dieron inmediatamente al convenio firmado con el mariscal Marmont.

El 5 de abril, á la una ó las dos de la mañana, llegaron Mr. de Caulaincourt y los mariscales al palacio de Mr. de Talleyrand. Cuando supieron que venían á ofrecer la abdicación de Napoleón, en beneficio del rey de Roma y de María Luisa, y que apoyarían esta negociación con toda la autoridad del ejército, la conmoción fué grande en derredor del gobierno provisional, que de noche y de día estaba asediado de solicitantes y curiosos. Todos se estremecieron con la idea de ver á Napoleón ejerciendo el poder detrás de su mujer y su hijo y vengándose de aquellos que le habían abandonado. Desde el 2 de abril por la noche, momento en que la destitución había sido pronunciada, los realistas se habían multiplicado considerablemente, unos atreviéndose poco á poco á profesar una fe muy arraigada entre ellos, y otros sintiendo nacer en sus corazones el realismo con las grandes esperanzas de triunfar que éste tenía entonces. Así, pues, el número de hombres comprometidos y dispuestos á alarmarse se había aumentado en una proporción inmensa, y las alarmas fueron creciendo hasta el punto que el más comprometido de todos, Mr. de Talleyrand, se preguntaba á sí mismo si no sería preciso detenerse en la vía donde había dado tantos pasos que se debían creer definitivos. En efecto, importunado por Mr. de Vitrolles, que, como hemos

visto, insistía porque se admitiera inmediatamente y sin condición al conde de Artois en París, estaba á punto de ceder á estas exigencias é iba á entregar á Mr. de Vitrolles una carta para el príncipe, cuando anunciaron la llegada de los mariscales. Atónito con su inesperada aparición, no dió la carta y pidió á Mr. de Vitrolles que esperara hasta que se disiparan las últimas dudas, lo que éste aceptó, pues quería llevar al príncipe, cuando fuera á reunirse con él, resoluciones ciertas y definitivas.

Mr. de Caulaincourt y los mariscales tuvieron con los miembros del gobierno provisional una primera entrevista corta y fría, y que habría podido ser borrascosa si la cuestión no hubiese debido ventilarse en otra parte. La noche estaba adelantada, y el rey de Prusia se había retirado al palacio que le servía de residencia. El emperador Alejandro, establecido en el palacio de Talleyrand, recibió al momento á los enviados de Napoleón. Antes de entregar á este príncipe á la influencia de los recién llegados, Mr. de Talleyrand, que temía su volubilidad, trató de grabar en su mente las ideas que ya le había insinuado, repitiéndole que Napoleón era imposible, porque Napoleón era la guerra; que María Luisa lo era también, porque equivalía á Napoleón apenas disimulado; que Bernadotte era ridículo, y que sólo los Borbones eran admisibles; que además hacía cinco días que marchaban constantemente por este camino, y que la razón así como la lealtad exigían que no se abandonara á los que se habían comprometido contando con la fe de los soberanos aliados, en cuyo poderío y palabra habían debido creer. Mr. de Talleyrand no se limitó á esta precaución, sino que dió al emperador Alejandro una especie de vigilante, el general Dessoles, hombre de carácter firme, comprometido en la causa de los Borbones, no por interés, sino por convicción, y capaz de sostener su opinión contra toda clase de contradictores. Aunque no tenía los mismos títulos que los mariscales Ney y Macdonald para hablar en nombre del ejército, tenía, sin embargo, algún derecho para contestar á los que hablando por él no se encerraran en la exacta verdad de las cosas.

Alejandro recibió á Mr. de Caulaincourt y á los mariscales con la cortesía que le era natural, y que ostentaba como nunca en presencia de los militares franceses; después de haberles felicitado por sus hazañas en la última campaña y por la constancia heroica con que habían llenado sus deberes militares; después de haber añadido que una vez cumplidos estos deberes había llegado para ellos la hora de escoger entre un hombre y su país, y de no sacrificar más al país por ser fieles á ese hombre, entró en sus explicaciones ordinarias sobre el origen de la presente guerra, y pasó á demostrar, tomando las cosas desde 1812, que Napoleón era únicamente quien la había provocado. Dijo que la Rusia había soportado con paciencia en 1809, 1810 y 1811 todas las cargas de la alianza; había privado á sus súbditos de todo comercio para prestarse á las combinaciones políticas de la Francia contra la Inglaterra, cuando Napoleón, tan voluble como absoluto, había inventado de repente una nueva legislación comercial y pretendido imponerla á sus aliados; que, en aquella época, él le había dirigido las representaciones más amistosas é irrefutables; que, sin embargo, á pesar de